

KRISHAN KUMAR

Imperios del mundo

UNA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA Y POLÍTICA

Traducido del inglés por Cristina Macía

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Empires. A Historical and Political Sociology*
Esta edición se publica por acuerdo con Polity Press Ltd., Cambridge.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Krishan Kumar, 2021
© de la traducción: Cristina Macía Orio, 2023
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-271-4
Depósito Legal: M. 4.131-2023
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA
EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Dedicado a los estudiantes, el personal y el cuerpo
docente de la Universidad de Virginia.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
AGRADECIMIENTOS	15
1. LOS IMPERIOS EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO	17
2. TRADICIONES DE IMPERIO EN ORIENTE Y OCCIDENTE	45
3. GOBERNANTES Y GOBERNADOS	75
4. IMPERIOS, NACIONES Y ESTADOS NACIÓN.....	103
5. DECADENCIA Y CAÍDA.....	129
6. EL IMPERIO DESPUÉS DEL IMPERIO	157
NOTAS.....	197

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA 211

REFERENCIAS..... 219

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y CONCEPTUAL 245

PRÓLOGO

Los imperios han sido la forma más habitual de organización durante la mayor parte de la historia conocida. Se podría decir que son la forma de organización «por omisión». Aparecieron en los albores de la civilización humana, y han durado como mínimo hasta la segunda mitad del siglo xx. Han sido sujeto de especulación por parte de los escritores y pensadores más importantes, como Heródoto, Ibn Jaldún y Edward Gibbon. Novelistas como Joseph Conrad, Joseph Roth, Robert Musil y V. S. Naipaul los han convertido en su tema de investigación. Los han pintado artistas como Tiziano, David o Delacroix. Críticos como Frantz Fanon y Edward Said han escrito sobre sus efectos imborrables, y para ellos negativos.

Tras un periodo de indiferencia casi ostentosa por parte de las mismas sociedades europeas que antes gobernaron vastos imperios, los imperios vuelven a ser objeto de interés y de escrutinio. Los historiadores, sociólogos y teóricos de la política y la literatura se han centrado de nuevo en ellos. Han sido objeto de tratamiento en la televisión, lo que ha dado como resultado libros muy populares, como los de Niall

Ferguson y Jeremy Paxton sobre el imperio británico. Según las encuestas, las poblaciones europeas están recuperando cierto orgullo de sus imperios. Y no solo en Europa. En Turquía, la serie de televisión *Muhteşem Yüzyıl* («el siglo magnífico», en español *El sultán* o *Suleimán, el gran sultán*) sobre la vida del gran emperador del siglo xvi, ha gozado de una enorme popularidad, y los observadores han detectado una creciente «otomanía» en el país. China también ha empezado a reconsiderar su pasado imperial, y ya no lo valora como «feudal» y oscurantista, como durante los primeros tiempos del comunismo.

A diferencia de lo que sucedía en la generación anterior, y apartándose de tratamientos más populares, los estudiosos de hoy en día tienden a ser más cautos y no hacen generalizaciones a gran escala sobre los imperios. Han optado por concentrarse en conjuntos de imperios más restringidos, y en zonas y épocas concretas. Hay un interés muy especial en los modernos imperios europeos ultramarinos que nacieron con los de Portugal y España en el siglo xvi, y continuaron con los de Países Bajos, Francia e Inglaterra/Gran Bretaña en los siglos xvii y xviii. Los imperios contemporáneos de los otomanos, los rusos y los Habsburgo merecen un examen individual. De la misma manera, los imperios no occidentales de los árabes, los mogoles y los safávidas son tema de investigación para especialistas en sus respectivas culturas e historias, y los imperios precolombinos de Sudamérica, los incas y los aztecas, son un campo para expertos en civilizaciones del Nuevo Mundo, ya que se basan en principios muy diferentes a los que encontramos en Eurasia.

En toda esta literatura aparece muy marcada la diferencia entre imperios «antiguos» y «modernos». Los primeros imperios de Mesopotamia y Egipto, el persa y el de Alejandro Magno, el imperio heleno y más tarde el romano, han sido objeto de estudio exhaustivo, pero se consideran muy diferentes de los imperios que llegaron más tarde, sobre todo los imperios ultramarinos de los europeos. Esto se considera en parte un tema de tecnología (dificultades de comunicación, etcétera), pero también hay diferencias en los principios, en lo que significaban los imperios para las personas involucradas y qué buscaban de ellos.

Este libro es muy consciente de las diferencias entre los imperios occidentales y los demás, así como entre los antiguos y los más recientes.

En el primer caso, la importancia de Roma y del cristianismo está tan clara como la de otras «religiones mundiales» e ideologías, como el islam o el confucianismo, en los imperios no occidentales. De la misma manera, quiero hacer hincapié en la temporalidad del imperio: la conciencia de sus predecesores y cómo las diferentes épocas dan origen a diferentes tipos de imperios. Este libro habla en concreto de dos «rupturas» o líneas divisorias importantes: la que viene marcada por la «Era Axial» de las religiones del mundo en el primer milenio antes de la era común, y la fase de conquista y colonización que empezó con los «viajes de descubrimiento» en Europa, en los siglos xv y xvi. La segunda marca, en mi opinión, una división fundamental en la historia de los imperios, con consecuencias trascendentales para el desarrollo subsiguiente del mundo.

Pero también quiero destacar los elementos comunes de los imperios, aquello que comparten y que nos permite hablar de «imperios» a lo largo del tiempo y el espacio. Incluso las sociedades que, como China, llegaron tarde al uso del término imperio para describir su sistema político, se ocuparon de señalar las similitudes de su imperio con otros, sobre todo en occidente. A finales del siglo xix, una visión común del imperio había unido las diferentes expresiones del mismo en lugares y momentos muy diversos. Dada su importancia en el mundo de la época, no es de extrañar que los imperios europeos hayan definido el modelo, el concepto.

Pero los imperios europeos tenían una larga historia y arrastraban tradiciones que se remontaban a los romanos, o incluso al imperio de Alejandro Magno. El propio Alejandro había continuado en muchos aspectos la línea del gran imperio persa de los aqueménidas que había conquistado, mientras que los aqueménidas estaban en deuda a su vez con la tradición imperial de Mesopotamia (asirios y babilonios), de la que eran herederos y sucesores. Los imperios estaban relacionados de múltiples maneras, con lo que hubo una transmisión frecuente de ideas e instituciones en el espacio y el tiempo. El concepto de *translatio imperii*, la transmisión lineal de un imperio, es un mecanismo de enlace que se puede aplicar a muchos imperios, no solo al occidental para el que fue creado.

En este libro se explora entre otras cosas ese concepto, así como la idea de una «tradición de imperio» a la que dio origen. También se

hablaré de la relación entre gobernantes y gobernados en los imperios, que es a mi parecer simbiótica, no de pura oposición; de las relaciones entre imperios y Estados nación, que por lo general se consideran principios antitéticos, pero en realidad tienen una relación muy estrecha y, en la práctica, muestran muchas similitudes, aunque al final sus consecuencias sean diferentes; las razones de la caída de los imperios; la cuestión de si, tras el fin formal de la época de los imperios, existen aún de una forma diferente a la vez que han dejado un legado imborrable. Voy a examinar todo el abanico de imperios, orientales y occidentales, a lo largo de la historia, empezando por los primeros. Por supuesto, al tratarse de una obra breve, tendré que hacerlo de manera selectiva: los imperios precolombinos de Sudamérica reciben un trato somero, igual que los africanos. En cambio, China, probablemente el imperio no occidental más importante, recibe una atención considerable, igual que los imperios musulmanes de los árabes, los mogoles, los safávidas y los otomanos, aunque estos en menor medida. También me detengo en el caso del «imperio americano» estadounidense, que se suele considerar un caso atípico.

Es una de las muchas diferencias entre este libro y mi reciente *Visions of Empire: How Five Imperial Regimes Shaped the World* (2017; ed. cast.: *Imperios: Cinco regímenes imperiales que moldearon el mundo*, 2018) que se centraba fundamentalmente en los imperios europeos modernos. Este libro, en cambio, abarca un periodo y una zona mucho más amplia, lo que me permite plantear cuestiones que no se trataban en el estudio anterior. Aquí haré hincapié en que el imperio es una experiencia a nivel mundial, y por eso resulta tan instructivo como objeto de investigación; y propondré que la historia de una forma de organización tan extendida en el espacio y el tiempo no ha quedado en el pasado.

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a los numerosos estudiantes de la Universidad de Virginia que, a lo largo de muchos años, han elegido mis clases sobre imperios y civilizaciones del mundo. Este libro está dedicado a ellos, porque ha cobrado forma gracias a muchas preguntas que nos hemos planteado, y su contribución ha sido impagable. Algunos puntos se han presentado también en conferencias en la Universidad de Hong Kong; la Universidad de Zhejiang, en China; la Escuela Superior de Economía, en San Petersburgo; la Universidad de Copenhague; el University College de Dublín; la Universidad de Basilea; el Seminario de Historia de Washington; la Universidad de Texas en Austin, y la Universidad de Chicago. David Palmer, Saliha Belmessous, Dingxin Zhao, Alexander Semyonov, Peter Fibiger Bang, Siniša Malešević, Matthias Leanza, Dane Kennedy, Wm. Roger Louis y Steven Pincus fueron los responsables de dichas visitas, y no quiero dejar de darles las gracias, al igual que a todos los que tomaron parte en las conferencias. He aprendido mucho también de otros colegas estudiosos de los imperios, entre ellos John A. Hall, Chris Hann, Sankar Muthu y Jennifer

Pitts. Larry Wolff organizó el encuentro «Declive y caída de los imperios» en el Instituto Remarque de la Universidad de Nueva York, que resultó tan ameno como estimulante. También quiero dar las gracias a Nigel Biggar por invitarme a participar en su serie de charlas sobre «Ética e Imperio» en el Christ Church College de Oxford, que reúnen a los más distinguidos estudiosos sobre los imperios de todas las épocas y lugares. Y, como siempre, mi agradecimiento a todo el personal de la biblioteca Alderman, en la Universidad de Virginia, sobre todo a los encargados de la sección ILL/LEO.

Estoy en deuda con Jonathan Skerret, de Polity, por encargarme este libro y por su contribución para darle la forma definitiva. Gracias también a Karina Jákupsdóttir por su eficaz revisión del manuscrito durante el proceso de producción, a Leigh Mueller por la escrupulosa corrección, y a ambas por su paciencia con las fechas de entrega a las que llegué tarde. Por último, quiero dar las gracias de nuevo a Katya Makarova, mi lectora más diligente, cuya vista y criterio han corregido muchas frases desmañadas y muchos párrafos confusos. A los dos nos interesan los imperios, y las conversaciones con ella han contribuido a aclararme las ideas y mejorar mis percepciones.

Krishan Kumar
Charlottesville, Virginia

CAPÍTULO 1

LOS IMPERIOS EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO

El problema de la definición: familia de significados

Como dijo Max Weber, el gran sociólogo, «la definición solo es posible, si acaso, en la conclusión del estudio» (1978; I, 399). Como gran admirador de Friedrich Nietzsche que era, habría estado de acuerdo con una observación suya que guardaba cierto paralelismo: «Definible es solo lo que carece de historia» (1956: 212). Y dado que todas las ideas y prácticas humanas tienen su historia, queda descartado cualquier intento de definición en las ciencias humanas y sociales. Sea como sea, tanto Weber como Nietzsche nos alertan sobre la eficacia, cuando no la imposibilidad, de definir los fenómenos en la sociedad humana. Cuando nos referimos a conceptos o instituciones, su carácter proteico dificulta enormemente una clasificación organizada, como si fueran mariposas clavadas en un expositor.

Hay imperios de todo tipo y estilo. Cada uno evoluciona en la historia dentro de sus propios límites y, de manera colectiva, también evolucionan como tipo de gobierno. Por tanto, las advertencias de We-

ber y Nietzsche se aplican a todo intento de definirlos. El peligro, en primer lugar, reside en una vacuidad integral, en una definición general tan amplia y abstracta que resultará inútil a la hora de considerar los casos particulares; y, en segundo lugar, también hay peligro en el intento complejo de clasificar los imperios por tipos, o diferenciarlos según periodos históricos o zonas geográficas, de manera que al final las comparaciones resultan muy complicadas y difíciles, cuando no directamente imposibles.

En este libro se ha optado por no intentar una definición precisa desde el principio. Eso nos llevaría a la camisa de fuerza que auguró Weber (de la que vemos un ejemplo muy famoso en los problemas con los que se encontró Durkheim al basar *Las formas elementales de la vida religiosa* en una definición estricta de la religión que establece al comienzo). Si llegamos a alguna definición ha de ser sobre todo por emergencia, al examinar el material disponible y discutir los casos y problemas específicos. Es posible que, al final del libro, el lector, pero también el autor, tengan una percepción mejor de la naturaleza de la entidad que se ha estudiado. Como mínimo, veremos «parecidos de familia», al estilo de Wittgenstein, entre los diferentes usos y significados del término «imperio» (cf. Cooper 2005, 26-7).

Al menos, eso cabe esperar. Pero, por supuesto, las palabras deben tener un significado, aunque no contemos con definiciones precisas, incluso si este significado es más bien un abanico. De modo que tenemos que dotar de algún tipo de significado a la palabra «imperio». En su nivel más básico, coherente con el origen de la palabra latina *imperium*, es el dominio absoluto o soberano sobre un pueblo o territorio, sin derecho de apelación a ningún poder exterior terreno (aunque no se excluye necesariamente la apelación a una autoridad divina o ultramundana). Este fue el primer uso del término durante la república de Roma. Cuando la república se transformó en un imperio, el término se amplió para incluir el gobierno sobre múltiples pueblos y tierras, como en el *Imperium Romanum* (y de ahí la connotación habitual de «imperio» para hacer referencia a entidades políticas muy grandes o extensas) (Koebner 1961,4-5, 11-16).

Ambos significados han perdurado y todavía perduran en el presente, aunque no cabe duda de que tiene predominio la segunda acepción, el gobierno sobre múltiples pueblos o tierras, o el de «núcleo»

que controla diversas «periferias» (p. ej., Howe 2002, 14-15; Osterhammel 2014, 428; Streets-Salter y Getz 2016, 3-4). Una combinación de ellos nos permite distinguir los imperios —aunque sea en un sentido demasiado amplio e impreciso— de otras entidades políticas como los Estados nación; aunque en la práctica haya superposiciones considerables entre Estados nación e imperios, como veremos más adelante. Por ejemplo, los conceptos de «núcleo» y «periferia» se ven en muchos Estados nación de gran tamaño (como el Reino Unido, Francia y España), así como en imperios, y de ahí deriva el concepto de «colonialismo interno», que veremos un poco más adelante. De mayor utilidad resulta la distinción entre «metrópolis» o «madre patria» y «colonias», aunque eso se aplica sobre todo a los imperios transoceánicos, por motivos evidentes, y puede ser más problemático en el caso de imperios terrestres, que a menudo carecen de lo que se puede calificar como colonias, al menos de manera clara. Aún más intrincado es tratar de distinguir entre Estados nación que tienen «ciudadanos» e imperios que tienen «súbditos», ya que hasta muy recientemente, en 1984, los habitantes del Reino Unido, que no se suele considerar como imperio, eran súbditos de la corona británica y no ciudadanos.

También hay que tener en cuenta dos términos más: el primero es «imperialismo», que es una extensión lógica de imperio (*imperium*) en el sentido etimológico, pero no se utilizó hasta mediados del siglo XIX, cuando se popularizó para definir el reinado de Napoleón III y el Segundo Imperio francés. Los británicos adoptaron el término al principio de manera despectiva, como sinónimo de *bonapartismo*, y luego en un sentido más aprobador para describir su propio gobierno sobre el imperio británico. Pero el término siempre ha tenido un matiz negativo, circunstancia que se hizo aún más pronunciada bajo el escrutinio de los liberales y socialistas antimperiales. *Imperialismo* (1902), de J. A. Hobson, autor liberal, dio inicio a este proceso e influyó en marxistas como Lenin, Rosa Luxemburgo y Rudolf Hilferding, que lo llevaron más lejos y analizaron (y denunciaron) el imperialismo como última medida desesperada de un capitalismo asediado (Koebner y Schmidt 1964, caps. 4-8; Kiernan 1974, 1-68).

Pero, para mediados del siglo XX, el término «imperialismo» había quedado desplazado casi por completo por el de «colonialismo», para reflejar mejor el punto de vista de las colonias y antiguas colonias

(el «tercer mundo» anticolonial) en lugar del de la metrópolis¹. Aunque algunos pensadores podían defender y de hecho defendieron el imperialismo, en el mundo que surgió tras la I Guerra Mundial, en el que dominaban los conceptos de nacionalismo y «autodeterminación» wilsoniana (Manela 2009), el colonialismo era «malo» casi por definición. Cada vez con más frecuencia, la literatura sobre los imperios producida por escritores izquierdistas, tanto en Europa como fuera de ella, dotó al imperialismo y al colonialismo de connotaciones de opresión y explotación. Esta fue la razón principal de que la palabra «imperio» se convirtiera casi en un insulto en la segunda mitad del siglo xx: defender el imperio, como hizo por ejemplo Winston Churchill, el estadista británico, en los años cincuenta, era presentarse como reaccionario y desfasado sin remedio.

Un perfeccionamiento reciente del «colonialismo» es el concepto de «colonialismo interno». Hace referencia a la idea de que muchos autodenominados Estados nación se han formado en realidad a través de un proceso interno de incorporación en el que el pueblo núcleo o nación ha conquistado o devorado a sus vecinos. Un buen ejemplo es Gran Bretaña o el Reino Unido, en el que los ingleses conquistaron a los galeses y a los irlandeses, e impusieron a los escoceses una «unión parlamentaria» para formar un estado compuesto de cuatro nacionalidades, un «imperio inglés» interno (Hechter 1999; Davies 2000). Lo mismo pasa con Francia. Se dice que el «Hexágono», la Francia actual, surge a través de un proceso imperial mediante el que los reyes franceses, desde la Île-de-France, extendieron de manera gradual su poder para hacerse con tierras y principados adyacentes, como Borgoña, Bretaña, Provenza, etcétera, creando así una Francia centralizada y culturalmente homogénea (Weber 1976, 485; Goldstone y Haldon 2010, 18).

El concepto de colonialismo interno tiene muchos puntos atractivos, entre ellos y de manera importante el de minar muchas afirmaciones espurias realizadas por o en nombre de algunos Estados nación (Kumar 2010). Ha encontrado apoyo entre una gran variedad de estudiosos, que lo han aplicado a temas tan diversos como el *apartheid* de Sudáfrica, la relación entre las minorías negras con la mayoría blanca en Estados Unidos, o la colectivización forzosa que impuso Stalin en el campesinado de la Unión Soviética. Su versatilidad y adaptabilidad, que cubren tantos tipos diferentes de situaciones, ha sido uno de sus

puntos débiles como concepto teórico. Funciona sobre todo como «analogía artificial» con el colonialismo convencional, lo que supone también un problema metodológico grave. De todos modos, hasta sus críticos reconocen que resulta útil en muchos aspectos, como por ejemplo para mostrar la interacción de factores internos y externos en el desarrollo de las sociedades, cuando las percepciones y políticas que se ejercen sobre los pueblos nativos y las colonias llegan de vuelta y marcan el tratamiento de los grupos dentro de la sociedad metropolitana (Hind 1984, 553, 564).

Aquí hay que mencionar un uso más: dos importantes historiadores especialistas en imperios, John Gallagher y Ronald Robinson, publicaron en 1953 un artículo muy influyente, y algunos autores pasaron a hablar del imperio «informal» así como del «formal». El imperio informal se refiere a la situación, como la que se deriva de la relación entre Gran Bretaña y ciertas partes de América Latina en el siglo XIX, en la que el estado no ejerce una soberanía formal sobre otro territorio o pueblo, pero muestra cierto grado de control, sobre todo en sus operaciones económicas. No cabe duda de que estas situaciones existieron y siguen existiendo, como demuestra la alusión constante al «imperio americano» del siglo XXI, pero la noción de imperio informal cubre tantos y tantos casos, y tiene un significado tan impreciso (¿dónde empieza el «control», y dónde termina?) que muchos prefieren evitarlo en sus estudios sobre el tema. Es un consejo muy sensato y este libro lo sigue. De todos modos, a la vista de la importancia del caso y del hecho de que ha atraído abundante interés y atención, hablaremos en el último capítulo de Estados Unidos, y de hasta qué punto se puede considerar y estudiar como si fuera un imperio.

En general, aunque es inevitable utilizar términos y conceptos específicos, siempre hemos de tener en cuenta el abanico de significados que contienen, los elementos a veces conflictivos que incluyen y, sobre todo, los contextos históricos y culturales en que se emplean. El ejemplo de *imperium* es especialmente importante; se trata de un término occidental en un idioma occidental: el latín. Ha dado origen a la mayoría de los equivalentes modernos: *empire* en inglés y en francés, *impero* en italiano... Los alemanes utilizan *Reich* para denominar la faceta política, pero en sentido más figurativo usan *imperium* y también *imperialismus*, imperialismo. En otras palabras, cuando utilizamos la pa-

labra «imperio» o cualquiera de sus equivalentes europeos debemos ser conscientes de que estamos empleando un término que tiene una historia occidental y se aplica sobre todo a la experiencia de Occidente. Eso hace que resulte problemático aplicarlo a sistemas no occidentales, tanto antiguos como modernos, incluso cuando queremos hablar del «imperio chino», el «imperio mogol» o el «imperio safávida». Las dificultades son aún mayores cuando se habla del antiguo «imperio egipcio», el «imperio inca» o el «imperio azteca», por no mencionar el «imperio comanche». En la mayoría de estos casos, sus idiomas no tienen una palabra equivalente a «imperio» tal como lo entendemos en occidente. Por tanto, cabe preguntarse qué tienen en común. ¿Por qué los llamamos «imperios»? ¿Por qué no utilizamos los términos indígenas y exploramos su significado local, particular?

Esto no debe hacernos abandonar la búsqueda de similitudes o significados comunes, de «parecidos de familia». Para empezar, el vocabulario político de occidente se ha extendido por el mundo con fuerza creciente desde la Revolución francesa de 1789. El movimiento cobró más ímpetu con el crecimiento de los imperios europeos, sobre todo a partir del siglo XIX. Esto ha hecho que, ya sea de manera voluntaria o involuntaria, la terminología y el pensamiento social y político de Europa (estado, nación, imperio, marxismo...) hayan pasado a ser propiedad del mundo entero a partir del siglo XX. Y aún más, incluso en tiempos anteriores, lo que hemos dado en denominar imperios, como Roma o China, interactuaron de múltiples maneras. Los mercaderes y misioneros recorrieron el mundo, llevando consigo sus ideas. Ciertas figuras, como Alejandro Magno, se convirtieron en símbolos del imperio por toda Eurasia. Los términos utilizados para denominar los imperios eran diferentes, sí, pero tenían un sentido similar, y transmitían ideas y valores consistentes. Esto hace que sea posible compararlos.

En los capítulos siguientes seguiremos el rastro del movimiento del vocabulario y las interacciones, nunca unidireccionales, que nos permiten hablar del imperio de manera genérica, sin perder nunca de vista las diferencias específicas. Pero, antes, hay que trazar un mapa del imperio. Tenemos que exponer los ejemplos y mostrar la variedad de imperios a lo largo del espacio y el tiempo. Solo tendremos ocasión de ocuparnos de unos pocos, aunque serán los más significativos. Pero, al principio, nos será muy útil hacernos una idea de la totalidad de la historia imperial.

*Imperios antiguos, clásicos y modernos: dos puntos de inflexión
en la historia de los imperios*

En *El sueño del imperio*, su magistral estudio sobre los «imperios globales», John Darwin ha dicho que «el imperio (cuando diferentes comunidades étnicas quedan agrupadas con un gobernante común) ha sido el modo de organización política por omisión durante la mayor parte de la historia. El poder imperial ha sido el código de circulación» (2008, 23; véase también Howe 2002, 1; Goldstone y Haldon 2010, 19). Darwin es consciente de que ha habido otras formas de organización política: tribus, cacicazgos, ciudades estado, Estados nación, ligas y federaciones. Pero está en lo cierto cuando subraya la ubicuidad y longevidad de los imperios, y el hecho de que una enorme parte de la historia humana conocida ha sido una historia imperial². Las primeras civilizaciones humanas, nacidas en torno al 4000 a. C., no tardaron en adquirir forma imperial: Egipto, Mesopotamia, India, China... Más tarde, en el primer milenio d. C., se unieron a ellos los imperios de lo que los europeos denominaron «el Nuevo Mundo», al otro lado del Atlántico: los imperios tolteca, azteca e inca. La zona mediterránea vio nacer los imperios alejandrino y romano. En oriente próximo y medio surgieron los imperios hitita, árabe y persa. También estuvieron los imperios esteparios, el de Gengis Kan y el timúrida. Los más tardíos en llegar a la escena mundial, desde el siglo XVI en adelante, fueron los imperios transatlánticos de las potencias europeas, Portugal, España, Países Bajos, Francia y Gran Bretaña. También durante esa época, los rusos, los Habsburgo y los otomanos construyeron grandes imperios terrestres que se adentraron en Eurasia³.

Hubo imperios que duraron miles de años, como el egipcio o el chino; otros, como los europeos, duraron unos siglos. Pero en ambos casos dejaron una huella indeleble en el mundo. El imperio de Alejandro Magno no perduró más allá de su breve reinado de 13 años, del 336 al 323 a. C., pero transformó Asia y dejó una herencia indeleble.

Con esta profusión de imperios en el espacio y el tiempo, cualquier tipo de análisis requiere que antes se establezca un orden intelectual. En este caso, las diferencias de espacio no son tan importantes como las de tiempo. En cualquier momento dado, los imperios del mundo tenían conocimiento unos de otros. Esto es especialmente así en el

caso de Eurasia. En muchos casos, se daba una interacción activa, con la excepción de los imperios precolombinos del Nuevo Mundo. Es posible establecer una comparación cuando ocupan extensiones espacio-temporales semejantes. Los imperios chino y romano del primer siglo d. C. comparten muchas características, al igual que el imperio mogol y el de los Habsburgo a principios de la era moderna, o los imperios japonés y francés del siglo xx.

Lo más importante es el cambio a lo largo del tiempo. Los imperios nuevos aprendieron de los antiguos, se esforzaron por evitar su destino al tiempo que los imitaban en los aspectos clave. De la misma manera, y pese a que esto podía resultar una amenaza para ellos, se beneficiaron de los cambios económicos y tecnológicos que estaban teniendo lugar en el mundo. Esto tuvo una importancia aún mayor después de 1600, cuando el capitalismo, primero comercial y luego industrial, empezó a transformar el mundo. Los imperios incapaces de adaptarse o de incorporar los cambios se enfrentaron a la desaparición o a su absorción por parte de los otros.

Es posible distinguir dos puntos de inflexión en la historia de los imperios. La primera la sugiere Karl Jaspers, el filósofo alemán, cuando profundiza en una de sus ideas más influyentes, la «era axial», en *Origen y meta de la historia*. Según Jaspers, hubo un periodo relativamente breve, pero de una intensa creatividad, entre el 800 y el 200 a. C., en el que se dio una revolución en el pensamiento humano de tal calibre que durante este tiempo surgieron todas las grandes religiones y filosofías fundacionales del mundo. Fue cuando vivieron en China Confucio y Lao Tsé; cuando en India nacieron las grandes escrituras hindúes, los *Upanishads*, así como el príncipe Siddhartha Gautama, Buda; cuando Zoroastro, en Irán, enseñó una compleja visión del mundo como lucha entre el bien y el mal, la luz y la oscuridad; cuando aparecieron en Palestina profetas judíos como Elías, Isaías, Jeremías y varios más, lo que desembocaría en el surgimiento del cristianismo y el islam; y cuando los filósofos griegos, desde Tales a Platón, cambiaron de manera radical el pensamiento humano en lo relativo a la ética y a la política. Según Jaspers: «En esa época se constituyen las categorías fundamentales con las cuales todavía pensamos, y se inician las religiones mundiales en las cuales todavía viven los hombres. Se dio, en todos los sentidos, un paso hacia la universalidad» (2010, 2)⁴.

Jaspers reconoció que no había descubierto ninguna causa global que relacionara estos desarrollos intelectuales, y tampoco podía explicar por qué solo tuvieron lugar en tres zonas del mundo: el oeste (dividido entre occidente y oriente), India y China. Pero señaló dos cosas significativas sobre ellos: una, que tuvieron lugar en las zonas donde habían surgido las primeras civilizaciones, y por tanto los primeros imperios —Egipto, Mesopotamia, el valle del Indo y China—; otra, que los principales pensadores florecieron en un periodo de estados pequeños en mutua competencia, pero la era axial concluyó con el nacimiento de una serie de «imperios mundiales» en las tres regiones, y en estos imperios sus filosofías tuvieron un papel importante. Esto sugiere una conexión entre las filosofías de la era axial y estos nuevos imperios, pero también, según Jaspers, nos permite distinguir entre los imperios que precedieron a la era axial (los imperios antiguos) y los que nacieron después (los imperios modernos o imperios mundiales).

Se ha convenido en que el imperio más antiguo conocido fue el acadio, de Sargón de Acad, en el sur de Mesopotamia. El imperio acadio se formó por la conquista de las ciudades estado vecinas de Sumeria que habían sentado los cimientos de la civilización en la región desde en torno al 4300 hasta el 2334 a. C., siendo la civilización más antigua del mundo (Farrington 2002, 14-15; Haywood 2005, 26-7). Al principio del segundo milenio a. C., el poder se inclinó hacia otras potencias mesopotámicas: Asiria en el norte y Babilonia en el sur. Los imperios asirio y babilonio dominaron la región durante los siguientes 1500 años (particularmente poderosos fueron el imperio asirio del 911 al 612 a. C., y su sucesor, el imperio babilonio entre el 625 y el 539 a. C.). Todos estos imperios bebieron de los logros culturales, científicos y tecnológicos de las ciudades estado sumerias, como la escritura cuneiforme. Al mismo tiempo, crearon algo completamente nuevo con la unificación política —y en parte cultural— de las grandes zonas de Oriente Medio que gobernaron durante siglos. Sus dirigentes formaron el club de los «Grandes Reyes» que dominaron la región durante el segundo milenio a. C. (Haywood 2005, 46-9; Mieroop 2009; Bedford 2010, 49).

Los imperios asirio y babilonio de las diferentes épocas cubrieron no solo Irak y Siria, sino también Palestina y algunas zonas de Egipto y Anatolia. En Anatolia, chocaron contra el formidable poder del imperio hitita (entre los siglos XVII y XII a. C.). En 1595 a. C., los hititas